CUENTO DE REYES

Era la víspera de Reyes, de la fiesta de los pequeñuelos, y Carlitos tenía los ojos enrojecidos de llorar.

Porque Carlitos recordaba que el año anterior los Reyes no le habían dejado nada en sus zapatitos; desde la muerte de su madre estaba tan sombría la casa que no era extraño que hasta los Reyes pasasen de largo. Los muebles estaban cubiertos de polvo, las cortinas caídas sobre los cristales, las consolas sin flores; todo presentaba un extraño aspecto de abandono y melancolía.

Una severa institutriz, de aspecto serio y agrio carácter, ocupaba al lado de Carlitos el puesto que la muerte de su madre dejara vacío.

¡Pero qué diferencia! Aquella mujer pesaba sobre la voluntad del niño, que sólo tenía siete años, con la insoportable autoridad de un tirano.

Con pretexto de su educación, el martirio del pobre niño era continuo; nunca se le ponía el plato de su preferencia ni el vestido de su agrado, y no le permitían jugar con su amiguita Lili, á la que su madre acogía cariñosamente.

El niño recordaba otro día de Reyes en que la jorobadita Lili y él encontraran sus pequeños zapatos ocultos por los innumerables juguetes que los Reyes Magos habían depositado en ellos.

¡Oh! En vida de la madre de Carlitos todos los niños de la casa tenían juguetes el día de Reyes.

Pero el año anterior el pobre Carlitos no tuvo ningún obsequio y Lili se veía obligada á pedir limosna para mantener á su achacoso abuelo.

Los dos niños se amaban mucho; Carlitos cuando veía á Lili, que tenía dos años más que él, creía, por una rudimentaria asociación de ideas, estar cerca de su cariñosa madre, y la niña no podía olvidar aquella señora tan buena que le permitía jugar con su amigo y cuidaba de que nada faltase á su pobrecito abuelo.

La víspera de Reyes avivó el recuerdo de los dos niños; Lili esperaba en el portal á que pasase Carlitos, y la triste sonrisa de los dos amigos encerraba todo un poema de amargura.

Aquella noche el niño fué acostado temprano; pero una caritativa doncella no le impidió colocar sus zapatitos en el balcón. Entretanto, la pobre Lili tiritaba de frío sintiendo caer la nieve sobre su cuerpecito desnudo, y con la mano extendida y voz doliente demandaba una limosna para el pobre viejo que sufría en la bohardilla.

La mayor parte de la gente pasaba sin mirarla y muchos le dirigían crueles y sangrientas burlas.

Era un tipo muy raro la chicuela: delgaducha, enclenque, con la tez pálida, de una palidez amarillenta semejante al pergamino antiguo; el cabello revuelto, enmarañado, sin color definido y corto como la crin de una bestia, y el deforme bulto de su espalda que la hacía inclinar hacia adelante el enflaquecido cuello.

Sus piernas torcidas daban un desagradable balanceo á su raquítico cuerpo, cubierto de sucios y mal olientes harapos, y la pobre Lili inspiraba repulsión á todos los seres felices que cruzaban por las aceras; más de una elegante dama evitó rozar con los vestidos de la niña su lujosa capa de pieles, y más de un caballero apresuró el paso para librarse de su pertinaz y doliente vocecita.

Y la pobre criatura seguía constante repitiendo su cantinela con voz entrecortada por el frío y desfallecida por el hambre.

—Una limosna, por amor de Dios, para mi abuelito, que se muere de hambre.

Un grupo de alegres jóvenes la rechazaron con fuerza de su paso, y la criatura, tambaleándose, fué á apoyar maquinalmente sus manecitas en un caballero que pasaba á su lado. Este se detuvo un instante, indignado de la brutal acción de que había sido víctima la niña, y la sostuvo inclinándose para mirarla.

El caballero no vió la deformidad del cuerpo de la niña: no vió más que su cara, con las facciones incorrectas, pero simpáticas, y sus grandes ojos tan dulces, tan grandes y tan tristes, que parecían extender una plácida claridad de luna sobre su tez.

Estaba muy bella Lili en aquella actitud suplicante, y repitiendo sin saber lo que decía:

—Una limosna, por amor de Dios, para mi pobrecito abuelo, que se muere de hambre.

El caballero pasó compasivamente la enguantada mano por los revueltos cabellos de la pequeña, y le dió una moneda, acompañada de una palmadita cariñosa.

La niña miró con estupor la moneda. ¡Era un duro!... ¡Un duro! Indudablemente aquel buen señor se había equivocado; y la chicuela corrió tras él gritando:

—Señorito, señorito, que se ha equivocado usted.

—No, hija mía, eso es para ti—contestó él dulcemente.

—Pero van á creer que lo he robado. ¡Esto es mucho dinero!—repuso confusa la chiquilla.

—Toma—dijo el señor sacando un bolsillo de plata,—toma; esto lo mereces por tu honradez;—y echó en la mano de la niña el bolsillo repleto de monedas de á cuatro reales.

La pobre Lili quedó aturdida. ¡Ella con tanto dinero! ¡Ella rica! Y corriendo sin detenerse en nada, llevó el tesoro á su pobre abuelito, que lloraba de gozo, posando entre sus ennegrecidos y temblorosos dedos las relucientes monedas. Pero la niña no lo había dado todo; ocho de aquellas moneditas estaban escondidas en el canto de su mugriento pañuelo, y cuando el abuelo le mandó ir por luz, lumbre y cena, ella compró con su oculto tesoro juguetes, caramelos y bombones, que tuvo buen cuidado de que no viera el anciano.

A la madrugada, mientras el viejo dormía satisfecho de su inesperada fortuna, la niña se deslizó con cuidado hacia la ventana, llevando el paquete de juguetes y dulces amarrado con una larga cinta.

Cuidadosamente saltó sobre el resbaladizo tejado, y á riesgo de caer á la calle si perdía el equilibrio ó experimentaba un ligero mareo, se inclinó sobre el abismo y dejó caer los juguetes en los zapatitos de Carlos.

A la mañana siguiente el niño se despertó temprano y se vistió solo; toda la noche había soñado con las legendarias imágenes de los tres magos. La venerable figura de Gaspar, el moreno rostro de Melchor y la esbelta apostura de Baltasar se le habían aparecido en sueños, montados en sus fogosos corceles y seguidos de un séquito de ángeles que repartían sus regalos en las casas de los niños buenos.

A veces le parecía ver á su institutriz diciendo que él era malo y haciéndole retirar del balcón.

Otras veces creía ver á su madre que desde el cielo alargaba un marmóreo y potente brazo, y cogiendo la estrella que en el espacio les marca un desconocido derrotero, los guiaba de nuevo hasta su casa para que depositaran allí los preciosos y anhelados juguetes.

Cuando al asomarse al balcón vió el paquete de dulces y muñecos, su alegría no tuvo límites; pero bien pronto sintió la necesidad de compartirla con alguien, y su pensamiento voló á Lili.

Fijo en el recuerdo de su compañera, el niño la buscaba en el portal siempre que entraba ó salía de la casa, y permanecía días enteros asomado á los cristales con la esperanza de verla.

Un día Carlitos vió pasar el cuerpo de Lili dentro de una caja cubierta de rosas blancas; le pareció que su amiguita se sonreía y que un rayo de sol que se quebraba sobre su frente se convertía en una escala, á cuyo extremo la aguardaba su madre.

La niña había muerto de una pulmonía, producida por salir al tejado para dar los juguetes á su amiguito.

¿Quién sabe si los Reyes habrían hecho un espléndido regalo con la muerte á la pobre criatura?

Carmen de Burgos Seguí.

CUENTO DE REYES

Era la víspera de Reyes, de la fiesta de los pequeñuelos, y Carlitos tenía los ojos enrojecidos de llorar.

Porque Carlitos recordaba que el año anterior los Reyes no le habían dejado nada en sus zapatitos; desde la muerte de su madre estaba tan sombría la casa que no era extraño que hasta los Reyes pasasen de largo, los muebles estaban cubiertos de polvo, las cortinas caídas sobre los cristales, las consolas sin flores, todo presentaba un extraño aspecto de abandono y melancolía.

Una severa institutriz, de aspecto serio y agrio carácter, ocupaba al lado de Carlitos el puesto que la muerte de su madre dejara vacío.

¡Pero qué diferencia! Aquella mujer pesaba sobre la voluntad del niño, que solo tenía siete años, con la insoportable autoridad de un tirano.

Con pretexto de su educación, el martirio del pobre niño era continuo; nunca se le ponía el plato de su preferencia ni el vestido de su agrado, y no le permitían jugar con su amiguita Lili, a la que su madre acogía cariñosamente.

El niño recordaba otro día de Reyes en que la jorobadita Lili y él encontraran sus pequeños zapatos ocultos por los innumerables juguetes que los Reyes Magos habían depositado en ellos.

¡Oh! En vida de la madre de Carlitos todos los niños de la casa tenían juguetes el día de Reyes.

Pero el año anterior el pobre Carlitos no tuvo ningún obsequio y Lili se veía obligada a pedir limosna para mantener a su achacoso abuelo.

Los dos niños se amaban mucho; Carlitos cuando veía a Lili, que tenía dos años más que él, creía, por una rudimentaria asociación de ideas, estar cerca de su cariñosa madre, y la niña no podía olvidar aquella señora tan buena que le permitía jugar con su amigo y cuidaba de que nada faltase a su pobrecito abuelo.

La víspera de Reyes avivó el recuerdo de los dos niños, Lili esperaba en el portal a que pasase Carlitos, y la triste sonrisa de los dos amigos, encerraba todo un poema de amargura.

Aquella noche el niño fue acostado temprano; pero una caritativa doncella no le impidió colocar sus zapatitos en el balcón. Entretanto, la pobre Lili tiritaba de frio sintiendo caer la nieve sobre su cuerpecito desnudo, y con la mano extendida y voz doliente demandaba una limosna para el pobre viejo que sufría en la bohardilla.

La mayor parte de la gente pasaba sin mirarla y muchos le dirigían crueles y sangrientas burlas.

Era un tipo muy raro la chicuela; delgaducha, enclenque, con la tez pálida, de una palidez amarillenta semejante al pergamino antiguo; el cabello revuelto, enmarañado, sin color definido y corto como la crin de una bestia, y el deforme bulto de su espalda que la hacía inclinar hacía adelante el enflaquecido cuello.

Sus piernas torcidas daban un desagradable balanceo a su raquítico cuerpo, cubierto de sucios y mal olientes harapos y la pobre Lili inspiraba repulsión a todos los seres felices que cruzaban por las aceras; más de una elegante dama evitó rozar con los vestidos de la niña su lujosa capa de pieles, y más de un caballero apresuró el paso para librarse de su pertinaz y doliente vocecita.

Y la pobre criatura seguía constante repitiendo su cantinela con voz entrecortada por el frio y desfallecida por el hambre.

- Una limosna, por amor de Dios, para mi abuelo, que se muere de hambre.

Un grupo de alegres jóvenes la rechazaron con fuerza de su paso, y la criatura, tambaleándose, fue a apoyar maquinalmente sus manecitas en un caballero que pasaba a su lado. Este se detuvo un instante, indignado de la brutal acción de que había sido víctima la niña, y la sostuvo inclinándose para mirarla.

El caballero no vio la deformidad del cuerpo de la niña; no vio más que su cara, con sus facciones incorrectas, pero simpáticas, y sus grandes ojos tan dulces, tan grandes y tan tristes, que parecían extender una plácida claridad de luna sobre su tez.

Estaba muy bella Lili en aquella actitud suplicante, y repitiendo sin saber lo que decía:

- Una limosna, por amor de Dios, para mi pobrecito abuelo, que se muere de hambre.

El caballero pasó compasivamente la enguantada mano por los revueltos cabellos de la pequeña, y le dio una moneda, acompañada de una palmadita cariñosa.

La niña miró con estupor la moneda. ¡Era un duro!, ¡Un duro! Indudablemente aquel buen señor se había equivocado; y la chicuela corrió tras él gritando:

- Señorito, señorito, que se ha equivocado usted.

- No hija mía, eso es para ti – contestó él dulcemente.

- Pero van a creer que lo he robado. ¡Esto es mucho dinero! – repuso confusa la chiquilla.

- Toma – dijo el señor sacando un bolsillo de plata, - toma; esto lo mereces por tu honradez; - y hecho en la mano de la niña el bolsillo repleto de monedas de a cuatro reales.

La pobre Lili quedó aturdida. ¡Ella con tanto dinero!¡Ella rica! Y corriendo sin detenerse en nada, llevó el tesoro a su pobre abuelito, que lloraba de gozo, posándose entre sus ennegrecidos y temblorosos dedos las relucientes monedas. Pero la niña no lo había dado todo, ocho de aquellas moneditas estaban escondidas en el canto de su mugriento pañuelo, y cuando el abuelo le mando ir por luz, lumbre y cena, ella compró con su oculto tesoro juguetes, caramelos y bombones, que tuvo buen cuidado de que no viera el anciano.

A la madrugada, mientras el viejo dormía satisfecho de su inesperada fortuna, la niña se deslizó con cuidado hacía la ventana, llevando el paquete de juguetes y dulces amarrado con una larga cinta.

Cuidadosamente saltó sobre el resbaladizo tejado, y a riesgo de caer a la calle si perdía el equilibrio o experimentaba un ligero mareo, se inclinó sobre el abismo y dejó caer los juguetes en los zapatitos de Carlos.

A la mañana siguiente el niño se despertó temprano y se vistió solo; toda la noche había soñado con las legendarias imágenes de los tres magos. La venerable figura de Gaspar, el moreno rostro de Melchor y la esbelta apostura de Baltasar se le habían aparecido en sueños, montados en sus fogosos corceles y seguidos de un séquito de ángeles que repartían sus regalos en las casas de los niños buenos.

A veces le parecía ver a su institutriz diciendo que él era malo y haciéndole retirar del balcón.

Otras veces creía ver a su madre que desde el cielo alargaba un marmóreo y potente brazo, y cogiendo la estrella que en el espacio les marca un desconocido derrotero, los guiaba de nuevo hasta su casa para que depositaran allí los preciosos y anhelados juguetes.

Cuando al asomarse al balcón vio el paquete de dulces y muñecos, su alegría no tuvo limites, pero bien pronto sintió la necesidad de compartirla con alguien, y su pensamiento voló a Lili.

Fijo en el recuerdo de su compañera, el niño la buscaba en el portal siempre que entraba o salía de la casa, y permanecía días enteros asomado a los cristales con la esperanza de verla.

Un día Carlitos vio pasar el cuerpo de Lili dentro de una caja cubierta de rosas blancas; le pareció que su amiguita se sonreía y que un rayo de sol que se quebraba sobre su frente se convertía en una escala, a cuyo extremo la aguardaba su madre.

La niña había muerto de una pulmonía, producida por salir al tejado para dar los juguetes a su amiguito.

¿Quién sabe si los Reyes habrían hecho un espléndido regalo con la muerte a la pobre criatura?

Carmen de Burgos Seguí.